

Hombres e ideas

Francisco Elguero Iturbide, un historiador católico frente al positivismo

*Martín Sánchez Rodríguez**

*Gabriela Díaz Patiño***

Los miembros de la Academia Mexicana de la Historia se reunieron en sesión ordinaria el 10 de octubre de 1921 para dar la bienvenida, como académico de número, al abogado michoacano Francisco Elguero. Por tradición, la Academia había albergado a varios personajes de la vida pública que, influidos por la doctrina cristiana, se dedicaron al cultivo de la historia y fomentaron lo que podríamos considerar como una "teoría católica de la historia". De la generación de Elguero es posible nombrar entre éstos a Toribio Esquivel Obregón, Luis García Pimentel, Juan Francisco Molina Solís, Francisco Orozco y Jiménez, Francisco Plancarte y Navarrete, Primo Feliciano Velázquez y Emeterio Valverde Téllez.

Además de haber nacido en provincia y estudiado en escuelas religiosas, estos personajes tenían otras característica en común: formaron parte de la generación de católicos educados bajo las directrices del "catolicismo intransigente" impulsado por el papa Pío IX en su lucha en contra de "los males del mundo" (el liberalismo, el socialismo, el comunismo y, en general, todas las



IZTAPALAPA 51
julio-diciembre de 2001
pp. 151-166

* Profesor investigador de El Colegio de Michoacán.

** Investigadora del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán.

doctrinas que promovieran la secularización de la sociedad decimonónica). Si bien sólo algunos formaban parte de la institución religiosa, la mayoría pertenecía al grupo católico que, del porfiriato al movimiento cristero, promovió la participación política de los católicos mexicanos impulsando la democracia cristiana. En este sentido, una de sus primeras preocupaciones fue la elaboración de una doctrina que fortaleciera y justificara sus intenciones de recuperar la influencia y prerrogativas de que habían gozado en el pasado.

Bajo la perspectiva de una agudización del proceso secularizador de la sociedad, expresado en la separación de poderes entre Iglesia y Estado, el surgimiento en México de la doctrina positivista como expresión de la fuerza política en el poder y, finalmente, la proletarianización de la fuerza de trabajo como consecuencia de la práctica de los principios liberales, clérigos y seculares buscaron respuestas en la historia sagrada y en la teología de Santo Tomás de Aquino, recuperada por los jesuitas y por los papas Pío IX y León XIII, para la construcción de una nueva alternativa.

Es así como varios intelectuales católicos en México recurrieron a la historia para combatir las teorías secularizantes. El licenciado Francisco Elguero fue uno de los historiadores católicos que más claramente expresaron sus opiniones sobre la filosofía positivista y el método para escribir la historia. El análisis de sus reflexiones nos permite explicar el sentido que tenía la historia para la

misma Iglesia y los católicos, la forma en la que este significado ayudó a la edificación del proyecto de reconquista social y espiritual de la Iglesia católica y cómo, a través de la historia, los católicos mexicanos atacaron al régimen liberal que los había marginado de la vida pública.

Como en muchos otros aspectos de la historia de México, los trabajos sobre la forma en que los mexicanos conciben el quehacer histórico está en pañales, y los que incluyen a los católicos en sus páginas se cuentan con los dedos de la mano. Por ejemplo, en su artículo sobre los bibliógrafos en México, Luis González y González destaca el trabajo de Emeterio Valverde Téllez (González y González, 1960: 37). Robert Potash, en su balance de la historiografía mexicana, sólo hace mención de Mariano Cuevas y José Bravo Ugarte, señalando las diferencias entre uno y otro con relación a la objetividad aun dentro de la corriente católica (Potash, 1961). Juan A. Ortega y Medina ni siquiera insinúa en su recopilación la posición de los católicos en torno a la historia (Ortega y Medina, 1970). Finalmente, Álvaro Matute, en su introducción a su primera antología, sólo menciona la existencia de una interpretación católica contrapuesta al positivismo (Matute, 1981), si bien corrige su posición en trabajos posteriores, como en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx* (Matute, 1999).

En los primeros números de la revista *Relaciones*, publicada por el Colegio

de Michoacán, apareció un ensayo de Louis Panabiére sobre la revista cultural *Ábside* que, fundada por los sacerdotes católicos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, sería a partir de la década de 1930 el centro difusor de una intelectualidad reacia a sumarse a la institucionalización de la revolución y al nacionalismo cultural; en cambio promovió los valores humanistas, exaltando la realidad mexicana en términos de nación con raíces católicas y rescatando la herencia grecolatina de la cultura hispánica (Panabiére, 1981).

UNA NUEVA GENERACIÓN

La llegada de Porfirio Díaz al poder tuvo diversos significados. Para el país en general representó el inicio de una época de crecimiento económico y paz social. Por su parte, la Iglesia y los católicos, con el tiempo, verían con simpatía la llegada a la Presidencia del caudillo tuxtepecano porque, a la sombra de la conciliación social promovida por el régimen, se fueron recomponiendo social y políticamente. La jerarquía eclesiástica mexicana fue la más beneficiada con dicha política, ya que coincidente con la posibilidad de su recomposición—expresada en el aumento de parroquias, seminarios, congregaciones, escuelas católicas, etcétera—ocurrió el cambio de pastoral de la Iglesia en todo el mundo y surgieron nuevas corrientes del pensamiento católico (Adame, 1981; Ceballos, 1991).

En este sentido, los problemas sociales surgidos en el mundo a causa de las políticas económicas liberales, manifestadas en la concentración de la riqueza, el empobrecimiento de grandes grupos sociales y el surgimiento de los ideales socialistas como alternativa de solución, llevaron a los católicos a la reflexión, y a la clerecía a un cambio de pastoral. Expresadas teológicamente en el *Syllabus* y en las encíclicas *Quanta Cura* y *Rerum Novarum*, estas preocupaciones y las soluciones propuestas fueron tomadas por una generación de católicos mexicanos diferente a la que había luchado por consolidar un gobierno conservador.

El año de 1867 no sólo encarnó el triunfo de los grupos liberales sobre los conservadores. A partir de esa fecha se introdujo en México la doctrina y el método positivista, al que se sumaría una gran parte de los adeptos de la política oficial, sobre todo con el ascenso de Porfirio Díaz al poder. Introducido por Gabino Barreda dentro de la reforma educativa de la Escuela Nacional Preparatoria, el positivismo se presentaba como filosofía, como sistema educativo y como arma política. Y, para muchos, también como la ideología que habría de contrarrestar la influencia de la Iglesia en la sociedad.

En la oración cívica que pronunció Barreda el 16 de septiembre de 1867 se hacía una interpretación de la historia mexicana a la luz de algunos conceptos de Comte. El documento presenta la historia como una "ciencia sujeta a leyes que hacen posible la previsión de

hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado", exalta el espíritu científico y muestra la acción de éste en la práctica: "tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política". Barreda describe a la historia mexicana como un proceso de emancipación del orden colonial; era éste un sistema en el que la educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergían hacia un fin de dominación y explotación continua. El artífice intelectual de ese orden era un "clero armado a la vez con los rayos del cielo y las penas de la tierra, jefe supremo de la educación universal". Que la nación se hubiera emancipado de ese orden se debió a un proceso que desencadena todos los demás, el de "la emancipación mental, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva sustitución por las modernas..." (cit. en Villegas, 1972: 45-71).

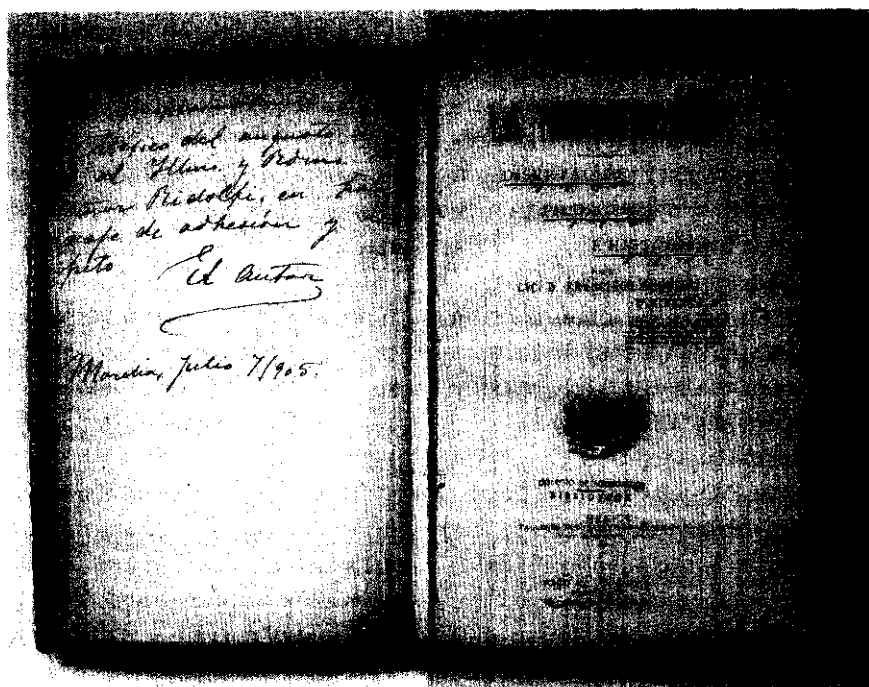
En este sentido es que un grupo de católicos laicos arremetió con la pluma contra el régimen porfirista y las ideas positivistas en las cuales veían la doctrina filosófica del grupo político en el poder.

Efectivamente, los católicos nacidos durante la primera década del siglo XIX como el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Aguilar y Marocho, etcétera, quienes habían vivido en carne propia la derrota de los liberales, optaron por conciliar sus intereses con los

gobiernos liberales. Por su parte, una nueva generación de católicos, representada entre otros por José Trinidad Sánchez Santos, Victoriano Agüeros, Eustaquio O'Gorman, Longinos García, Othón Núñez y Zárate, Atenógenes Silva, Francisco Orozco y Jiménez, José Mora y del Río y nuestro personaje: Francisco Elguero, además de Emeterio Valverde Téllez, decidieron enfrentar las leyes que limitaban sus acciones.

Muchos de estos nuevos católicos no sólo se dedicaron a hacer política o predicar en el púlpito, sino que tomaron la pluma para escribir artículos periodísticos, poemas, ensayos, sermones, disertaciones filosóficas o jurídicas, novelas, catecismos, libros de texto e investigaciones históricas.

Su práctica literaria y su interés por la historia les abriría las exclusivas puertas de agrupaciones académicas nacionales y extranjeras como la Academia Mexicana de la Lengua, la Academia Mexicana de la Historia, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —repartida a lo largo y ancho del país—, la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, la Academia Española de la Lengua, etcétera. De hecho, si se hiciera un análisis sociológico de estas agrupaciones durante el Porfiriato y buena parte de lo transcurrido durante el siglo XX, se vería que un número considerable de sus miembros encajan dentro de lo que se puede calificar como ideología católica o conservadora. De los católicos sociales,



como los califica Manuel Ceballos, Francisco Elguero, Francisco Plancarte y Emeterio Valverde Téllez podían presumir su pertenencia a alguna academia (Academia Mexicana de la Historia [AMH], 1994).¹

Otro elemento que habría que destacar es el origen provinciano de muchas de estas personas, enriquecido con experiencias en la capital de la república, en los Estados Unidos, América Latina en general y Europa, sitios a los que viajaron por motivos familiares, de estudio, de trabajo o políticos. El caso seleccionado resulta paradigmático en este sentido.

EL HISTORIADOR CATÓLICO

Francisco Elguero Iturbide nació en la ciudad de Morelia el 14 de marzo de 1856 y sus padres fueron don Manuel Elguero, quien llegó a ser prefecto imperial de Michoacán, y doña Guadalupe Iturbide, emparentada con la familia del efímero emperador mexicano.

Elguero realizó estudios primarios en el Ateneo de don Celso Acevedo y en los colegios de Lafont y Dalcour, en la ciudad de México, y su educación preparatoria y profesional la llevó a cabo en la antigua Valladolid. En 1880 se

recibió de abogado ante el Tribunal de Michoacán, por revalidación que le hizo de sus estudios la Legislatura local, y en 1881 fue nombrado juez de Zamora, cargo que desempeñó por dos años para dedicarse después al ejercicio independiente de su profesión hasta 1911 cuando la Revolución lo obligó a trasladarse a la ciudad de México.

Miembro activo, fundador y dirigente del Partido Católico Nacional, del cual fue diputado por el distrito de Zamora en las elecciones de 1911, Elguero fue administrador del Timbre del Distrito Federal y ocupó la cátedra de *Elocuencia Forense* en la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante el gobierno de Victoriano Huerta.² En septiembre de 1914, acusado de colaboracionista con el gobierno usurpador, salió de México para exiliarse en los Estados Unidos, sitio en el que permaneció hasta noviembre de 1916. Antes de concluir ese mes se embarcó con rumbo a La Habana, donde estableció su residencia hasta fines de 1919. En el interín fundó la revista de corta existencia *América Española*, con la colaboración del escritor cubano Mariano Aramburo y de los mexicanos Querido Moheno, José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel, Gustavo Salas, Antonio de la Peña y otros.³

En el *Diario de la Marina* de la Habana publicó 330 artículos que después se editarían en forma de libro con el título de *Efemérides históricas y apologéticas* (*Biblioteca Nacional*, 1920, t. II: 202).

Como activista político, Francisco Elguero presentó varios discursos en el

segundo y cuarto Congresos Católicos celebrados en las ciudades de Morelia —4 a 12 de octubre de 1904— y Oaxaca —19 a 22 de enero de 1909—, y la segunda Dieta de obreros organizada en Zamora, Michoacán, del 19 al 23 de enero de 1913. También pronunciaba discursos en las actividades organizadas por los círculos, ligas y convenciones católicas (Valverde, 1989, t. II: 259-262).⁴ Al mismo tiempo, participaba en la formación de agrupaciones como la Gran Asociación Nacional Católica o la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa.

Sus escritos lo llevaron a formar parte de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, —correspondiente de la Real de Madrid— de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Sociedad de Ciencias Sociales de la Habana, de la Academia Mexicana de la Lengua y, a partir del 10 de octubre de 1921, de la Academia Mexicana de la Historia (*Biblioteca Nacional*, 1920: 202; AMH, 1943, t. II: 5).

Como historiador, Francisco Elguero no fue autor de grandes tratados o investigaciones. Sus ensayos históricos son cortos, enfocados a cuestiones religiosas o filosóficas y al rescate de la herencia hispánica en América Latina. Sus obras históricas más conocidas y de mayor extensión fueron *La Inmaculada Concepción* y *El santuario de san Juan de los Lagos. Apuntaciones históricas* (ver apéndice).

En el ocaso de su vida, el escritor, orador, poeta, historiador, político y

periodista se propuso crear un *Museo Intelectual*, que con más de 20 volúmenes agrupaba reflexiones propias y extrañas sobre política, literatura, religión, filosofía, legislación, historia, etcétera. De este gran proyecto sólo se publicaron dos volúmenes: *Vanguardia* y *Un gran mexicano* (ver apéndice) (Moreno, 1987: 25-27).⁵

EL POSITIVISMO COMO RELIGIÓN

Emeterio Valverde Téllez, en su *Bibliografía filosófica mexicana*, coloca a Francisco Elguero entre los principales impugnadores del positivismo en México. Al referirse al abogado michoacano, Valverde dedica un buen número de páginas a reproducir algunos párrafos de la obra *La Inmaculada Concepción*, que Elguero publicó en 1905.

En esta obra, Elguero consideraba que el positivismo era producto del caos intelectual en que se hallaba el mundo en la primera mitad del siglo XIX y, por el contrario que la Iglesia, era el único "puro y tranquilo faro" de luz que, a pesar de su brillantez, no podía disipar las nieblas oscuras que cubrían al mundo. Para el escritor católico, el positivismo se originó en una persona enferma y miope alejada del cristianismo, quien quiso hacer una filosofía propia y terminó inventando una religión:

El pobre Augusto Comte era un gran matemático, un cerebro perfectamente organizado; pero prescindió del cristianismo,

quiso hacer por su cuenta filosofía propia, y en su orgullo de sabio le cortó las alas a la razón que, según él, no puede salir de la esfera de los sentimientos, y su locura científica no era más que locura patológica que lo llevó al manicomio, en donde no se curó enteramente porque fundó la ridícula Religión de la Humanidad, que no ha podido salir de un pequeño club de pocas gentes (Elguero, 1920: 171).

En opinión de Elguero, esta filosofía "raquítica y mezquina", había conquistado la mente de abogados, periodistas, ingenieros, etcétera. Aunque algunas inteligencias desorientadas fueron ganadas temporalmente, el peligro potencial de la filosofía positivista radicaba en su éxito entre la "caterva semidoccta":

El positivismo engañaba al mundo, ofreciendo al pensamiento una norma que parecía segura, y desde su aparición (1830) se ganó algunas buenas inteligencias sin orientación, y conquistó enorme cantidad de medianías cultas y semicultas, ilustradas y semilustradas, porque siendo doctrina de fácil acceso es admirablemente apta para la difusión.

Nada más cierto, y esto hace el positivismo muy peligroso, tanto que ahora, como lo demostraremos después, que ha ido perdiendo terreno en las inteligencias de los sabios, aún domina la caterva semidoccta, y Augusto Comte, Littré, Robin, Brewster, St. Mill, Lewes, Spencer, Buccholz, Twesten y E. Duhring, desautorizados en el mundo científico, siguen siendo los maestros infalibles de perio-

distas, abogados, médicos, ingenieros, militares y hasta de personas que ni de lejos han saludado las escuelas (cit. en Valverde, 1989: 248).

Para conquistar al "vulgo" y lograr popularidad, Augusto Comte prescindió de la ciencia y democratizó la razón, despojándola de sus galas y rebajándola a un sistema "plebeyo". Esta conquista, breve en Europa, preveleció en México en virtud de que "caminamos a la zaga de la civilización, al grado de que Europa nos precede muchos años" (Elguero, 1905: 43; cit. en Valverde, 1989: 251).

Elguero consideraba que la ciencia se había estancado con la aplicación de las ideas positivistas, pues había sido despojada del elemento especulativo, el fundamento esencial para el avance científico.

En el siglo pasado las ideas positivistas, dando gran importancia a la simple experimentación, lograron enormes adelantos en el orden de los hechos pero deprimiendo o más bien dicho, anulando la metafísica, redujeron tanto los límites jurisdiccionales de la razón humana, que la ciencia vino a reducirse a la clasificación de casos y a la inducción de una ley, sin remontarse nunca a las causas ni a los principios abstractos.

La gran síntesis escolástica que buscaba la armonía de los conocimientos *a priori* y *a posteriori* desapareció por entero, y en realidad la ciencia propiamente dicha dejó de existir.

Los escolásticos profesaban y profesan el principio de que ninguna ciencia define su objeto, sino que éste debe ser presentado ya por las ciencias superiores, y así la misma física necesita de la metafísica para ser ciencia, en el riguroso sentido de la palabra, porque ¿cómo se demuestra científicamente la existencia de los cuerpos si no es apelando a la metafísica? Kant a la metafísica apeló para sostener que no tenemos conciencia de la existencia de los objetos y de los cuerpos superiores, sino sólo de los fenómenos, *nóúmenos* (Elguero, 1920: 142).

También criticaba la tendencia positivista a estudiar los "hechos puros" para establecer las leyes que explicaban el funcionamiento de las cosas. Consideraba que, a pesar de los adelantos del método experimental, la ciencia se había reducido a la clasificación de casos y a la inducción de leyes, sin remontarse nunca a las causas ni a los principios abstractos:

No hay causas, todos son fenómenos, hechos, puros hechos y sólo hechos, como gritaba el pedagogo de Dickens. La ciencia está en generalizar y su generalización es la ley. Y aquí se detiene el sistema. Y qué —pregunta el catecúmeno— nunca esa ciencia miope se remontará a las causas? "Nunca. —contestará el Pontífice—. Observa exactamente, generaliza lógicamente lo observado, y contéstame con la ley que nazca de la generalización. No llegarás a Dios por ese camino, pero no importa; el progreso

está precisamente en separarse de Él"... "No ves —continúa el Pontífice— que el salvaje entero es fetiquista (*sic*); el salvaje a medias monoteísta; el civilizado incipiente, metafísico; y científico sólo el civilizado completo, científico, es decir, conocedor sólo de los hechos e ignorante de todo lo demás? (Elguero, 1905: 34; cit. en Valverde, 1989: 243).

Con respecto a la historia, admitía la utilidad del método positivista porque permitía hacer estudios prudentes y minuciosos, y rescatar como provechoso el énfasis en la investigación documental, el fundamento de los "datos positivos" y el límite para la imaginación. Pero no podía tomar a la doctrina de ese sistema como la guía única de la historia:

Bueno es ese sistema y por eso dije que a causa de él no censuro la tendencia positivista; pero no lo admito como exclusivo y único guía de la historia, porque cuando él se extrema, olvida la tradición maestra sapientísima si reúne determinadas condiciones; repugna lo sobrenatural, como si no estuviera obligada a examinar un hecho cualquiera, venga de la tierra o del cielo, y hasta hace que el historiador acucioso para todo, y para todo perspicaz, cierre los ojos para no ver a Dios cuando tanta veces en la historia se descorre el velo que lo oculta, velo que es esta naturaleza terrestre con la que ha querido cubrirse, como dice profundamente Santo Tomás, por bondad y por dignidad (Elguero, 1943: 5-6).

Es una verdad de Perogrullo afirmar que para Elguero, como para todos los historiadores católicos, el agente principal de la historia es la Providencia, la cual elabora los hechos, los eslabona y, junto con la libertad humana, los organiza y expresa en "casualidades":

...la Providencia divina y la libertad humana, según la gran frase de Donoso Cortés, tejen la trama variada y rica de la historia; pero como la segunda es realmente causa pequeña en el concurso de millares de otras que los hombres ni comprenden ni dirigen, ni muchas veces quieren, la humanidad por su voluntad y por su conciencia será el agente que arroje los caracteres en el pavimento, pero la casualidad que a la Providencia oculta, será quien forme con ellos poemas más armoniosos que la *Odisea* y la *Eneida* (Elguero, 1943: 14-15).

En su discurso de recepción leído en la Academia Mexicana de la Historia, Elguero expuso sus ideas sobre la casualidad en los acontecimientos históricos y, retomando a Gustavo Le Bon, afirmó que en las guerras, como en ningún otro evento, la "casualidad" se hace presente definiendo las batallas y determinando a los vencidos y a los vencedores:

Sí, señores, la historia sobre todo en la guerra, por lo cual el conde de Maistre la llama divina, es un agente importantísimo (la casualidad), imprescindible, constante...

Como entre los caballos y carros de un ejército en combate se levanta una polvareda que oculta muchas veces a los combatientes, así la historia en su desenvolvimiento viene acompañada de una polvareda de casualidades, permitidme la expresión, casualidades que comparo con el polvo en lo múltiples y densas, pero diversas de él en cuanto que no son producidas por los hechos, sino que ellas las producen y dirigen.

Esas casualidades vienen ligadas con otras anteriores hasta formar un encañamiento que no sé dónde podría tener su principio (de seguro que en los primeros elementos de la creación), de manera que por regla general y como los mismos positivistas, entre ellos Gustavo Le Bon, esas mismas casualidades son emergencias sin precedente, sino eslabones de cadena no infinita, pero sí inmensurable (Elguero, 1943: 6).

Como podemos ver, para Elguero la casualidad pura no existe, porque todos los hechos de la naturaleza están regidos por la divinidad. En este sentido, la parte final del discurso es elocuente:

Por eso, señores, sin pretensiones de enseñar a nadie, ni menos a vosotros, sino siguiendo los vuelos de mi pensamiento... os confesaré que siempre que algo de historia leo o pienso o escribo, me parece un deber sagrado elevar el alma a Dios y decirle: "como el astrónomo debe adorarte al oír en silencio la música inefable de los mundos, yo te adoro en el concierto de la historia, en

la cual tu santa mano se descubre detrás de todas las causas que la forman y aun de la misma libertad humana que, sin dejar de ser libertad, es también movida por ese gran político que se llama el Omnipotente (Elguero, 1943: 15).

En cuanto al elemento hispánico, Elguero, como otros escritores católicos, vindica la herencia española en la historia y la cultura mexicanas. Esta vindicación lo llevó a valorar la figura del conquistador y la herencia de España en las instituciones jurídicas y religiosas, así como a oponerse a la influencia norteamericana asumiendo una actitud xenófoba (del Arrenal, 1992: 329-354; Pérez Montfort, 1992; Granados García, 2002).

En sus escritos periodísticos, obras literarias y ensayos históricos siempre están presentes las figuras religiosas y la herencia hispana. Por ejemplo, en las "efemérides" preparadas para el *Diario de la Marina* de Cuba en el año de 1919, y que después convirtió en libro, se encuentran expresiones sobre Hernán Cortés, calificado de "glorioso conquistador", de quien nos dice:

[Es] grande porque unió a gran valor consumada prudencia, firme constancia, lealtad inquebrantable, generosidad con los inferiores, buen trato con los vecinos, amor legítimo de gloria, que confundía con el noblísimo de la patria, y sobre todo la aspiración cristiana de que la cruz como égida y como un faro amparase e iluminase el Continente (Elguero, 1920: 19).

Al recordar la llegada del virrey Luis de Velasco a México el 5 de diciembre de 1550, Elguero destaca la rectitud de la mayoría de los virreyes coloniales:

...no se halla en la historia del mundo, con excepción de la de los virreyes de América, una serie de sesenta y dos gobernantes en que sólo dos o tres hayan tenido conducta deshonrosa o equivocada. La mayor parte fueron probos, prudentes, amantes del país y varios eminentes por sus dotes administrativas, y esto cuando gobernaban casi sin freno ni valladar (Elguero, 1920: 30-31).

Durante su exilio en Cuba y después ya restablecido en México, Elguero fundó una revista que llevó por título *América Española*.⁶

Sobre *La Inmaculada Concepción* no sólo refiere el origen de su culto y el aspecto teológico de la virginidad de la mujer concebida pura, sino sobre todo el significado político-ideológico al presentarla como bandera en contra de las ideas racionalistas:

La filosofía imperante en el siglo XIX, en sus diversas escuelas positivistas, materialistas, kantistas, ha sido mantenedora de racionalismo, es decir, ha negado lo sobrenatural, y frente a ella se erigió Pío IX y proclamó un dogma que extraña los principios sobrenaturales de la fe cristiana: la Trinidad, la Encarnación, la Caída, la Redención.

Las enseñanzas de aquellas escuelas pasaban por el mundo como la sombra sobre el agua. La voz del Pontífice hacía

caer de hinojos ante el altar de la Inmaculada a trescientos millones de hombres (Elguero, 1920: 40-41).

En sus argumentos para reivindicar "los derechos y prerrogativas de la Iglesia" Elguero, como muchos otros católicos, recurrió a la historia. El sentido que tenía la historia para la Iglesia y los creyentes justificaba la idea de un "derecho natural", es decir, la idea de que el destino de la civilización está predestinado por un plan divino. La historia es, entonces, tiempo y espacio sólo plenamente inteligibles desde la fe. Sin embargo, esta visión no niega el hecho de que en el espacio temporal se mezcle lo "sagrado" con actitudes y comportamientos "profanos"; no cierra los ojos a las mediaciones político-sociales, a las corrientes de pensamiento, a las influencias culturales o a los factores económicos, pero su visión del mundo considera los comportamientos humanos en razón de un progreso esencialmente espiritual, y en ese sentido escribió:

Ley de las compensaciones y de las reacciones, llamaría yo a esa ley maravillosa, por virtud de la cual siempre existe en la Tierra para los mayores males, contrapeso de bien; para los mayores errores, contrapeso de verdad; equilibrio maravilloso de que es profética imagen el arca bíblica flotando sobre el haz de las aguas (Elguero, 1905: 9).

Constantemente traía a colación la postura conciliatoria de los católicos con

relación a los gobiernos liberales, para explicar el papel mediador de la Iglesia católica como la única institución que podía colaborar al cumplimiento del plan providencial:

...aceptamos cuanto quieren los liberales en lo que no lastime nuestra fe. Aceptamos el gobierno representativo popular, la federación como se halla establecida por la constitución del 57, la renovación de poderes... De los católicos, unos de buen grado, muchos quizá, otros por la fuerza de las cosas, quieren todo eso, pidiendo sólo, pues en este punto no caben transacciones que constituirían apostasía perfecta, se dé por el pueblo a Dios lo que es de Dios, es decir que la República reconozca y sancione los derechos de Cristo y de su Iglesia.

El reconocimiento del derecho cristiano por nuestra República, y por lo mismo el reconocimiento y la sanción de los derechos de la Iglesia que es la sucesora de Cristo, es el programa político de los católicos mexicanos.⁷

Por otra parte, habría que observar que en muchos sentidos esta crítica al positivismo era una sanción al gobierno sin atacar directamente a Porfirio Díaz. El interés principal de Elguero había sido la reincorporación de los católicos laicos a la vida política del país, y durante mucho tiempo encontró en la prensa católica el medio para expresar sus demandas:

No cesaremos de inculcar a nuestros lectores que la extinción de los vicios que

corroen nuestra sociedad, reclama el concurso de todos por obtener la anhelada regeneración social. Este es el hermoso ideal que perseguimos; felices nosotros si con nuestro humilde contingente cooperamos a su realización.⁸

A lo largo del proceso de reconstrucción del catolicismo en México y después del movimiento armado de 1910 no hará sino confirmar, a través de sus textos históricos, su deseo de que se respeten la fe, la moral, la autoridad, las instituciones, en una palabra, la organización completa de los católicos. De ahí su intensa participación en la construcción del Partido Católico Nacional y sus contradicciones con relación al ascenso del maderismo y el posterior apoyo al gobierno de Victoriano Huerta. En este sentido, consideramos que Elguero muchas veces no tuvo clara su participación como miembro de un grupo confesional o partícipe de una agrupación política.

La paradoja

En un párrafo anterior anotamos que Elguero admitía que el método positivista era útil en la investigación histórica por la minuciosidad en la búsqueda de elementos probatorios de los hechos históricos y la prudencia con que eran manejados los materiales tratando de ponerle límites a la imaginación. Sin embargo, resulta un tanto complicado definir qué tan positivista era el método utilizado por Elguero en sus obras

históricas, debido a que la mayoría de sus escritos fueron artículos periodísticos o pequeños ensayos.

No obstante, dejando de lado los aspectos ideológicos y sus fines políticos, en su trabajo sobre la *Inmaculada*, publicado en 1905, Elguero demostró su erudición sobre el tema y la consulta sistemática de materiales de diferente tipo (filosóficos, históricos, sociológicos) y distinta tendencia (católica, positivista, socialista, espiritista).

A lo largo de sus páginas, destacan sus lecturas de las Sagradas Escrituras, San Agustín, Lammenais y Balmes, para reforzar sus posiciones en favor del catolicismo. Cuando se refiere al positivismo cita la biografía de Comte escrita por Gruber y las obras de José de Maistre, Taine y Spencer. En relación con las obras sociológicas consultó a Durkheim, Appiano Bounafede y Lucien Roure. Sobre el espiritismo, las de Paul Gibier y Allen Kardec, entre otras.

Para concluir, quisiera reproducir una cita del propio Elguero que resumiría sus ideas sobre la historia y sobre el positivismo como ciencia, expresadas en uno de sus discursos:

El concepto positivista no es un concepto científico. El positivismo no tiene en cuenta la sustancia y las causas que declara incognoscibles, sino sólo los fenómenos y las leyes y por lo mismo, como asegura el abate Brogile, se suicida con su propia y fundamental tesis, porque declara a "priori" lo que según sus propias teorías no puede conocer sino "a

posteriori" es decir, empieza combatiendo la metafísica con su proposición metafísica.

El positivismo, pues, si ignora a Dios que es una causa, si ignora la finalidad última de las cosas que es una sustancia, si se queda sólo en su estudio de la historia con fenómenos y con leyes, no puede elevarse a una general, que es la que puede dar a la historia el carácter de ciencia, y que apenas podrá limitarse al estudio de causas particulares y de resultados particulares también.⁹

En cuanto a su particular idea sobre la historia, Elguero decía a los estudiantes en 1913:

...la historia en la narración de los sucesos de la humanidad, en sus relaciones mediatas e inmediatas con el último fin del hombre, [...] es la imagen del tiempo vista a la luz de la eternidad.¹⁰

NOTAS

- 1 Otros historiadores católicos miembros de la Academia Mexicana de la Historia han sido Ignacio Montes de Oca y Obregón, Alberto María Carreño, Carlos Peyreya, Guillermo Trischler y Córdova, Carlos Pérez-Maldonado, Mariano Cuevas, José Ignacio Dávila Garibi, Jesús García Gutiérrez, Ángel María Garibay, José López Portillo y Weber y Rafael Montejano y Aguiñiga.
- 2 Años después Elguero publicaría sus lecciones en la Imprenta de Manuel León Sánchez. Ver Apéndice 1.
- 3 A partir de 1922, ya de regreso en México, Elguero volvió a publicar la revista conservando su título original. *América*

Española. En ella se proponía estudiar los temas de más interés de la patria "mejicana" y de la raza española así como propagar la cultura en el país. Entre los participantes de esta revista quincenal se destacan Carlos Pereyra, Francisco M. de Olaguibel, Francisco Fernández del Castillo, José López Portillo y Rojas, Joaquín García Pimentel, Jesús Galindo y Villa y Alfonso Junco.

Algunos de estos discursos fueron publicados en los periódicos *El País*, *El Partido Nacional* y *La Nación*.

Elguero dejó preparado el material que utilizaría para publicar otros diez volúmenes de su *Museo intelectual*. Él mismo adelantó el contenido de estos volúmenes en el tomo primero de su obra. Décadas más tarde, el material que iba a integrar el resto de los volúmenes aparecería en la Biblioteca Luis González y González de El Colegio de Michoacán. A decir de Heriberto Moreno García, el único que ha utilizado dicha documentación, ésta se conserva en diecinueve carpetas en las que Elguero recopiló y ordenó discursos, artículos, cartas, notas periodísticas e históricas, alegatos, tratados, etcétera, propios y ajenos. Del plan e índice de las carpetas se desprende cómo iba a estar organizado el *Museo intelectual*: i) Vanguardia, ii) Riquezas de la Biblia, iii) Obras de Agustín Abarca, iv-vi) Razón de la fe, vii) Escuela del periodista, viii-x) Religión y arte religioso, xi-xiii) Historia, xiv-xvii) Sociología y derecho, xvi) Biografías, xviii) Acción católica. Convertidos y apóstatas, xx) Hagiografías y biografías, XXI) Lenguaje y filología, xxii) Filosofía, moral y ciencia moderna, xxiii) Ciencias físicas, xxiv) Literatura y crítica.

En el año de 1922, una parte de los artículos que no aparecieron publicados en Cuba fueron editados en forma de libro. Ver apéndice.

El Derecho Cristiano, núm. 12, Morelia, 7 de marzo de 1889.

El Derecho Cristiano, núm. 1, Morelia, 12 de diciembre de 1888.

"El concepto católico de la Historia. Conferencia pronunciada en Méjico en

un casino de Estudiante en 1913", *El Colegio de Michoacán*, Fondo Elguero.

¹⁰ *Ibid.*

ARCHIVOS CONSULTADOS

BLGG Biblioteca Luis González y González, Fondo Elguero, El Colegio de Michoacán
El Derecho Cristiano, Morelia, Mich.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Mexicana de la Historia (AMH)
1943 *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, AMH, México, t. II, núm. 1.
1994 *75 años de la Academia Mexicana de la Historia*, AMH, México.
- Adame Goddard, Jorge
1981 *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, UNAM, México.
- Arenal Fenochio, Jaime del
1992 "El nacionalismo conservador mexicano del siglo XX", en Cecilia Noriega, coord., *El nacionalismo en México*, Colmich, México.
- Biblioteca Nacional
1920 *Biblios. Boletín Semanal de Información Bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*, México, diciembre 25, t. II, núm. 101.
- Ceballos Ramírez, Manuel
1991 *Un tercero en discordia*, Colmex, México.
- Elguero, Francisco
1905 *La Inmaculada. Disertación filosófica e histórica*. Talleres Tipográficos de El Tiempo, México.
1920 *Efemérides históricas y apologéticas*. Virtus, Buenos Aires, t. I.
1943 "La casualidad en los acontecimientos humanos. Discurso del señor académico Lic. don... leído en la sesión del 10 de octubre de 1921", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia corres-*

Francisco Elguero Iturbide, un historiador católico frente al positivismo

- pondiente de la Real de Madrid*, México, enero-marzo, t. II, núm. 1.
- González y González, Luis
1960 "Nueve aventuras de la bibliografía mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. x: 1, núm. 37.
- Granados García, Almer
2002 "Emeterio Valverde Téllez y la 'orientación católica' en el pensamiento historiográfico mexicano", en *Iztapalapa*, núm. 51.
- Matute, Álvaro
1981 *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, SepSetentas/Diana (núm. 126), México [1974].
1999 *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, UNAM/FCE, México.
- Moreno García, Heriberto
1987 "La derecha, la de siempre. El Museo intelectual de Elguero", en *Revolución y Contrarrevolución en México, IX Jornadas de Historia de Occidente*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas.
- Ortega y Medina, Juan A.
1970 *Polémica y ensayos en torno a la historia*, Notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, UNAM, México.
- Panabiére, Louis
1981 "Abside: un ejemplo de inscripción y de dilatación de la conciencia nacional por la cultura", en *Relaciones*, vol. II, núm. 6.
- Pérez Monfort, Ricardo
1992 *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, FCE, México.
- Potash, Robert
1961 "Historiografía del México independiente", en *Historia Mexicana*, vol. x: 3, núm. 39.
- Valverde Téllez, Emeterio
1989 *Bibliografía filosófica mexicana. Estudio introductorio por Herón Pérez Martínez*, Colmich, México, edición facsimilar de la de 1913, t. II.
- Villegas, Abelardo
1972 *Positvismo y porfirismo*, SepSetentas, México.

APÉNDICE

PRINCIPALES OBRAS DE FRANCISCO ELGUERO ITURBIDE

- Jurisprudencia civil, Nulidad de una petición*, Morelia, Tipografía de Agustín Martínez Mier, s/f, 67 pp.
- Fiestas jubilaires de León XIII. Discurso que acerca de la vocación especial del papa reinante, pronunció el Sr. Lic. Francisco Elguero*, Morelia, Tip. del S. C. De Jesús, Mayo 11 de 1902, 23 p.
- La Inmaculada. Disertación filosófica e histórica*, México, Talleres Tip. de El Tiempo, 1905, 314 pp.
- Algunos versos*, Morelia, Tip. de Francisco Antúnez, 1906, 202 pp.
- La gran Asociación Nacional*, Morelia, Talleres Tipográficos de Agustín Martínez Mier, 1910, 78 pp.
- Jurisprudencia criminal. Nuevas piezas relativas al procedimiento promovido por el Banco de Michoacán contra "El Comercio de Morelia"*, Morelia, Imprenta Artística, 1911, 44 pp.

- La anarquía demagógica y la administración de justicia en Michoacán*, México, Imprenta de Manuel León, 1912, 30 pp.
- Discurso acerca de la verdadera libertad de enseñanza*, México, Tipografía Saleciana, 1914.
- Lecciones de elocuencia forense dadas en 1914 en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de México*, México, Imprenta de Manuel León Sánchez, s.a.
- Efemérides históricas y apologéticas*, Tomo I, Buenos Aires, Virtus, 1920.
- Senilias poéticas. Nuevos versos*, Cuba, Talleres Tip. Religiosos, 1920, 302 pp.
- México, España, Roma: Reliquias de "América Española". Piezas no publicadas en la revista de ese nombre. Director de la edición y autor de varias producciones. Lic.* México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1922, 256 pp.
- La tragedia de Padilla*, Drama en tres actos, México, Tipografía Salesiana, 1924.
- La erección de la Colegiata de San Juan de los Lagos, Jalisco. Apuntaciones históricas por el Sr. Lic. D. Francisco Elguero, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Real de la Historia de Madrid. Publicase la obra con notas y documentos inéditos por el Pbro. Luis G. Romo, sacerdote de la Arquidiócesis de Guadalajara*, México, Tip. Murguía, 1925, 475 pp.
- Museo Intelectual que dirige y muchos de sus artículos escribe el Lic. Francisco Elguero. Vanguardia*, México, Imprenta de Patricio Sanz, 1928, 308 pp.
- Efemérides históricas y apologéticas*, Tomo III, Madrid, Aguilar, 1929, 391 pp.
- Museo Intelectual: un gran mejicano*, México, Imprenta de Patricio Sanz, 1930, 273 pp.